

Entre 1833 y 1840 España vive la más larga y también, si tenemos en cuenta la relación entre el número de muertos y el de habitantes, la más sangrienta guerra civil de su historia contemporánea. Carlistas e isabelinos se enfrentan no sólo por una cuestión dinástica, sino en defensa de dos modelos distintos de Sociedad. Triunfaron los últimos, y el carlismo, fracasado en sus sucesivos intentos, quedó como una vía muerta en el camino hacia la modernidad, hasta el punto que no faltan quienes lo consideran un fenómeno poco más que anecdótico. Pero, al menos en el período posterior a la muerte de Fernando VII, la fuerza del carlismo era lo suficientemente grande como para constituir una opción real de poder, y esto hace necesario profundizar en su estudio.

Nos interesa, por tanto, el análisis de la guerra carlista en sus aspectos diferenciales, y no el de la Regencia de María Cristina, período en el cual se produce la instauración y consolidación del peculiar liberalismo español del siglo XIX. El Estado liberal, con sus reformas políticas, administrativas, hacendísticas y sociales, ha sido objeto de diversas monografías, imprescindibles para obtener un marco de referencia adecuado, y que nos excusan de esta tarea. La Cuestión dinástica, que como tal no se suscita hasta 1830, es nuestro punto de partida, pues los movimientos ultrarrealistas anteriores a esta fecha no pueden considerarse *carlistas* en el estricto sentido del término.

Partiendo de las premisas anteriores, el primer punto en el cual hemos fijado nuestra atención son los preparativos previos a la contienda que estalla en España a la muerte de Fernando VII. Desde octubre de 1832, fecha de la caída del gabinete encabezado por el conde de la Alcudía y su sustitución por un equipo ministerial dirigido por Zea Bermúdez, es evidente que carlistas e isabelinos se preparan para la guerra. Así, mientras los partidarios del Pretendiente tratan de organizar una estructura de ámbito nacional que les permita hacerse con el poder a la muerte del monarca, los defensores de Isabel II aprovechan al máximo las posibilidades que les ofrece el control del Estado, depurando de la administración civil y militar a cuantas personas les parecieron sospechosas.

En contra de lo que inicialmente pensábamos, nos hemos visto obligados a detenernos a estudiar con cierta amplitud los aspectos bélicos del conflicto. Ciertamente es que los acontecimientos militares han sido los más cuidados por la historiografía tradicional, pero no lo es menos que las obras clásicas (Pirala, Ferrer), se limitan a una mera sucesión de hechos, sin establecer ningún tipo de secuencia fuera de la meramente cronológica. Así, y dado que la historiografía más contemporánea no está especialmente interesada por este tipo de cuestiones, no debe extrañarnos que se haya popularizado una visión militar de la guerra, muy influenciada por su resultado, que tiende a establecer las siguientes fases:

a) Octubre 1833 - Junio 1835: alzamiento inicial, aparición de Zumalacárregui, y consolidación militar de los carlistas en el Norte de España.

b) Junio 1835 - Octubre 1837: fase iniciada con la muerte de Zumalacárregui en el sitio de Bilbao, y caracterizada por las expediciones mediante las cuales los carlistas tratan de establecer la guerra en el interior de la Península.

c) Octubre 1837 - Julio 1840: tras el fracaso de la expedición Real los carlistas pierden la iniciativa y se convencen de su incapacidad para ganar la guerra, lo que lleva al general Maroto, jefe del ejército del Norte, a firmar con Espartero el Convenio de Vergara en Agosto de 1839. Pocos meses más tarde, el general Cabrera se ve obligado a cruzar la frontera al frente de los últimos defensores de don Carlos.

Sin embargo, esta división se atiene tan solo a las vicisitudes del ejército carlista del Norte, olvidando que a partir de 1838 el peso de la contienda se ha desplazado hacia Levante, donde los éxitos de Cabrera ponen en graves aprietos a la causa de la Reina. Además, y como tendremos ocasión de ver, se trata de un esquema incorrecto incluso en el caso del País Vasconavarro. La cuestión no es en absoluto trivial, pues por muchos que puedan ser sus condicionantes las guerras se dirimen, en última instancia, en los campos de batalla, y sin conocer la evolución real de un conflicto es difícil conocer sus dimensiones y las posibilidades de uno y otro bando. La organización y efectivos de los respectivos ejércitos, aspecto que hasta nuestros días ha permanecido prácticamente inédito, es una cuestión previa a la que no hemos dudado en dar toda la importancia que se merece. Y pocos datos pueden ser más reveladores para comprender hasta que punto la guerra afecta al global de la población española, pues tan solo el bando isabelino llega a movilizar a más de medio millón de hombres, que sumados a los efectivos carlistas nos ponen ante un esfuerzo superior al realizado durante la guerra de la Independencia. Las implicaciones internacionales del conflicto, que dan lugar a la intervención armada de las potencias de la Cuádruple Alianza, tampoco han sido olvidadas.

Evidentemente, el "como" no es suficiente para obtener una visión general de la lucha, sino que también había que dilucidar el "quienes" y el "porqué", cuestiones que no dejan de estar íntimamente relacionadas. El auge de la historia regional y social a lo largo de los últimos años ha producido varios estudios de interés sobre el primero de estos apartados. No obstante, la proliferación de tópicos carentes de la necesaria base documental (a veces consciente o inconscientemente manipulada), ha hecho necesario incluir no sólo una visión general del tema, sino revisar en profundidad algunos de los puntos más polémicos. El menosprecio que un todavía relativamente amplio sector de la historiografía española se complace en mostrar hacia las cuestiones de carácter estrictamente ideológico, ha llevado a un desconocimiento casi total del pensamiento político carlista, pues el enfrentamiento se ha tratado de reducir, con demasiada frecuencia, a un mero conflicto de intereses. Por ello, a la hora de abordar este punto, hemos procurado ceñirnos cuidadosamente a las fuentes, con el objeto de dar a conocer lo más fielmente posible el credo político de los defensores de don Carlos.

La geografía de la guerra ha sido otro apartado al que hemos dedicado especial atención, esforzándonos en reflejar tanto su desarrollo como la situación de partida, propósito con el que hemos elaborado los nueve mapas que se insertan al final de la obra, cuyas fuentes generales son el *Estado Militar de España* y la *Historia del Tradicionalismo Español* de Melchor Ferrer. En las ocasiones en que ha sido posible estos datos han sido completados con el apoyo de fuentes más específicas, como los censos carlistas de población de Navarra, los datos sobre el armamento general del Señorío de Vizcaya, la

Memoria justificativa de Córdoba..., y los estudios regionales que aportan información cartográfica, entre los que cabe destacar el realizado por Mundet para Cataluña.



En contraposición con el relativamente pobre estado de nuestros conocimientos, hay que señalar que las fuentes disponibles para el estudio de la primera guerra carlista son bastante amplias. Con anterioridad al inicio de la búsqueda documental decidimos aprovechar las ventajas de la informática para elaborar una bibliografía lo más completa y exhaustiva posible. Para ello utilizamos como base la publicada por Del Burgo, a la que añadimos diversas obras, y actualizamos hasta nuestros días. Fue una labor lenta y no especialmente divertida, pero que nos ha facilitado la redacción de los diversos capítulos del libro, pues incluimos una amplia variedad de códigos temáticos que simplificó enormemente su consulta. Además, se trata de una bibliografía real, pues en diversas bibliotecas de España y el extranjero hemos localizado y consultado más del 80% de sus aproximadamente 4.155 títulos. Las monografías, que ascienden a un total de 2.063,¹ presentan la siguiente distribución:

1830-1839	780
1840-1849	295
1850-1859	56
1860-1869	39
1870-1879	45
1880-1889	38
1890-1899	35
1900-1909	27
1910-1919	39
1920-1929	28
1930-1939	66
1940-1949	58
1950-1959	77
1960-1969	59
1970-1979	120
1980-1989	177
1990-1991	64

1. Con exclusión de las obras manuscritas. El cuadro no recoge las poco más de cincuenta obras cuya fecha no se ha podido determinar. Por otra parte, no debe olvidarse que esta bibliografía es un elemento de trabajo, lo que da lugar a peculiaridades tales como que algunas obras colectivas sean recogidas de forma genérica por no incluir sino artículos de divulgación (caso del número Extra de *Historia y Vida* dedicado a la primera guerra carlista, o del catálogo del Museo Zumalacárregui en Ormaiztegui), mientras que en otras se desglosa su contenido.

Como puede verse, tras el gran número de publicaciones aparecido a lo largo del conflicto e inmediatamente después, se entra en una larga fase de relativa estabilidad, alterada en un primer momento por la celebración del primer centenario de la guerra y la nueva contienda civil, y luego por el gran incremento de la producción iniciado en la década de los 70 y continuado hasta nuestros días. Los motivos de esta eclosión, si prescindimos del aumento global de las publicaciones, deben buscarse en tres factores: el desarrollo de la historia regional, que ha dado lugar a la aparición de estudios locales sobre el carlismo; el auge de la historia social, que ha creído ver en los carlistas un movimiento de gran potencial revolucionario; y el interés por la política internacional de España, plasmado en diversas obras sobre la Cuádruple Alianza y la intervención extranjera en la guerra.² A partir de 1986, la creación de la revista *Aportes*, donde se ha publicado más de la quinta parte de los títulos aparecidos desde entonces hasta nuestros días, supuso un indudable reforzamiento de esta tendencia.

Por lo que a las fuentes documentales se refiere, es raro el archivo público que no posea documentos del bando liberal, si bien escasean bastante más los carlistas. En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia se encuentran los fondos Carlista y Pirala, formado el primero con la documentación abandonada por el gobierno de don Carlos al final de la guerra, y el segundo con la recogida por el historiador del mismo nombre, ampliamente utilizada en su *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, que pese a los años transcurridos sigue siendo de forzada consulta. También aquí se hallan los archivos de Isabel II y Narváez, que contienen datos de interés, al igual que la serie histórica del Archivo General de Palacio, cuyos fondos hacen por lo común referencia a las actividades carlistas en los primeros años de la guerra, incluyendo además una interesante colección de partes de policía. En el Archivo de la antigua Presidencia del Gobierno están los *libros de actas del Consejo de Ministros*, serie que a pesar de no estar completa es de referencia obligada, y es posible consultar con suma comodidad la *Colección Legislativa* y los *Diarios de Sesiones*, tarea harto más ingrata de realizar en el Archivo del Congreso. El Archivo Histórico Nacional tiene documentación relacionada con el tema en la sección de Estado, cuyos fondos se complementan con los del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, y permiten seguir la actividad de los carlistas en el extranjero a partir de los informes de embajadores y cónsules, así como los aspectos relacionados con la intervención militar extranjera, cuyas repercusiones económicas se pueden ver en la sección de Hacienda. En la de Consejos, por su parte, tenemos fondos sobre las conspiraciones carlistas, al igual que en la sección reservada del Ministerio de Justicia, en el que también encontramos los expedientes personales de numerosos obispos del período. La documentación militar se halla, en sus aspectos generales, en el Servicio Histórico Militar de Madrid, si bien la mayor parte de los expedientes personales y buena parte de la documentación de interés, como pueden ser las Causas, se conservan en el Archivo General Militar de Segovia. Con un carácter marcadamente local,

2. Un amplio comentario de esta historiografía puede verse en los capítulos correspondientes.

pero también en Madrid, tenemos el Archivo de Villa, con noticias de las actividades carlistas en la capital antes y durante la guerra.

Para el estudio de la guerra en el Norte contamos con el Archivo General de Navarra, donde se encuentran la documentación de la Real Junta Gubernativa de Navarra, actas incluidas, y los papeles del general Zaratiegui; el archivo general de Guipúzcoa, en Tolosa, con las Actas de la Diputación a Guerra; la Casa de Juntas de Guernica y el Archivo de la Diputación en Vizcaya, donde pese a no haber encontrado las actas de la Junta carlista del Señorío hemos podido consultar una abundante documentación, al igual que en el Archivo General de Alava. En Cataluña, y gracias a la amabilidad de José María Mundet, hemos tenido acceso a las Actas reservadas de la Junta de Berga, mientras que para el carlismo aragonés hemos contado con la inapreciable colaboración del Profesor Asín, en cuya tesis doctoral se recogen los datos de los archivos regionales.

Hay también numerosos archivos privados, algunos de los cuales hemos podido consultar merced a la gentileza de sus poseedores, como el de la familia Elío (Pamplona), el del conde de Orgaz (Madrid), el de Melchor Ferrer (Sevilla), y la biblioteca de Azcona (Tafalla). Es precisamente este aspecto, el de los archivos privados, el que deberá ser objeto de una mayor atención en los próximos años, pues en ellos se puede encontrar la respuesta a muchas cuestiones que no siempre pueden percibirse en la documentación oficial.